

EL AMIGO DE LA INFANCIA

AÑO LIX.

MADRID, 6 DE MARZO DE 1932.

NÚMERO 10



Cabano, el chico negro, y los plátanos

Actualmente casi todos vosotros habéis oído contar cosas interesantes de países extranjeros; habéis visto en el cine muchas tierras diferentes, hombres, mujeres y niños de otros continentes, animales y plantas de América, Africa y Asia, pero lo que ahora os va a contar un misionero, me parece que no lo habéis oído ni visto jamás.

Escuchad lo que dice:

“Yo conozco un muchacho negro que es muy amigo mío. El se llama Cabano, y es hijo de un noble entre el pueblo negro de Ruando en el centro de Africa. Quien quisiera visitarle después de un viaje largo por mar hasta la costa africana, aún tendría que ir en tren dos días y dos noches para luego cruzar el enorme lago de Victoria. Para esto tardaría otros cinco o seis días y, por último, tendría que ir a pie, a caballo o en una litera unos veinte días más para llegar a estas tierras.

El padre de mi amigo es de la nobleza, pero no es rico, ni tiene muchos criados para hacer el trabajo. Su hijo Cabano sabe ordeñar las vacas igualmente bien como cualquier otro muchacho, y hasta sabía hacer lo mismo con una de nuestras vacas, que era muy rebelde. Así venía él a nuestra casa casi todos los días dos o tres veces. Entablamos amistad y nos hicimos íntimos amigos. Además de ordeñar, el chico sabía otras muchas cosas.

Para que los amigos en Europa se pudieran formar una idea, cómo vive esta pobre gente aquí en Africa, que-

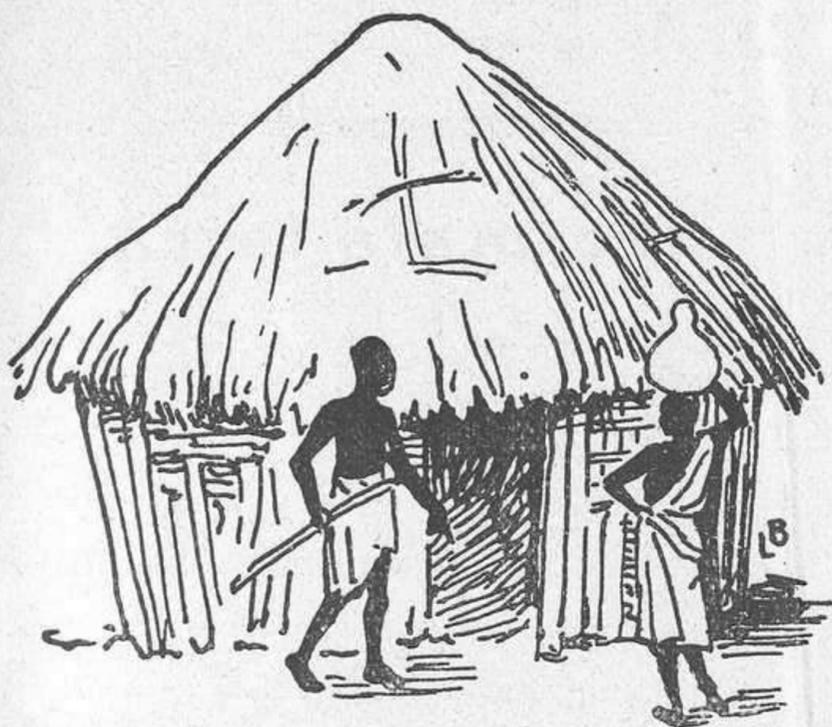
ríamos mandarles el modelo de una choza igual a las que aquí tienen los negros, solamente en pequeño. Hicimos Cabano y yo una choza que parece un juguete. El me enseñó con sus pequeños y hábiles dedos muchas cosas: tejía las esteras, que habían de formar las paredes, el tejado y la valla, cortaba los palos para sostenerla y, muy ingeniosamente, los demás utensilios caseros.

Mientras que hacíamos esto, transcurrieron varias semanas, y él me contaba mucho, porque yo era muy ignorante en las cosas de Africa. Algunas veces yo también tenía que contarle de mi tierra, y a él le gustaba ver estampas de Europa y oír cuentos, como a vosotros también os gusta ver y oír cosas de Africa. Al mismo tiempo, él me enseñaba su idioma, y él aprendía a leer y escribir, lo que antes allí nadie sabía hacer.

Pero en la lengua de Ruanda no existía ninguna cartilla, y poco a poco se iba viniendo más gente, la mayor parte mayores ya, que querían aprender a leer y a escribir. Entonces comprendíamos, que teníamos que hacer una cartilla, y ahora ya está hecha. Cabano era uno de los primeros que habían aprendido a escribir antes de que tuviésemos cartilla. El ha escrito algo sobre el plátano, en su lengua desde luego, que se imprimió en la Cartilla. Esto os lo voy a traducir:

“Cuando un hombre quiere hacerse una plantación de plátanos, él coge una navaja y una hazadilla y se corta unos tallos de plátano. Cuando los ha plantado, tiene que mullir la tierra alrededor y echarle estiércol de las vacas. Si han

pasado uno o dos años, él encontrará ahí frutos. Entonces corta la rama entera, y la fruta tiene que acabar de madurar en un cesto. Para este fin, los envuelve en hojas de plátano, y al cabo de tres días están bien. La corteza seca de la planta se corta, y la usan para atar bultos, o hacer paraguas para protegerse de la lluvia, y también tejen con ella esteras que necesitan para la construcción de sus casas, o cuerdas para



atar las cabras." Todo esto lo escribió este chico bueno y listo.

¿Qué crees tú que pensaría él si viera la estampa grande que tú ves en la primera página? Estoy seguro que si él estuviera en este momento aquí detrás de mí, mirando la estampa, no podría suprimir una sonrisa. Pondría sus dedos negros sobre sus labios encarnados y sus blanquísimos dientes, como si algo le extrañase, temiendo decir lo que pensaba.

Yo entonces le dejaría reflexionar un rato y luego le preguntaría: ¿Qué hay, chico; qué tienes?" El, entonces, diría solamente: "¡Ay, ay!", como si no se atreviera a decirlo; pero yo insisto, y al

fin me dice: "Me extraña mucho, padre." "¿Qué es lo que te extraña?", y otra vez pregunta él: "¿Se ha muerto el dueño de la plantación que se ve aquí en esta estampa?" Yo le digo: "¿Por qué crees tú así?" "Pues", dice Cabano, "ya hace mucho tiempo que las plantas que se ven aquí no se han cuidado; por eso la rama ha salido tan pequeña, aunque crece junto al agua. Mira, al lado de los tallos pequeños ha salido una pita, que tiene varios años, y hasta la ha salido una flor, y todo alrededor está creciendo la hierba mala. Allí no han echado abono." Yo le pregunto: "¿Y qué harías tú?" El dice: "Pues yo lo haría como lo hicimos nosotros cuando hemos plantado toda la cuesta allí al lado de tu casa. Primero hemos labrado toda la tierra, hemos arrancado toda la hierba mala, porque los plátanos que crecen entre la hierba mala se mueren o dan frutos raquíuticos; ya sabes que en tierra pedregosa hay mala cosecha de plátanos, pero cuando plantásteis en el terreno mejor del valle y no lo cuidásteis, en poco tiempo todo se cubrió de hierbas malas, que ahogaron los tallos recién plantados. Sin labrar la tierra mucho, no hay buenos plátanos."

(Continuará.)

RECETA

Oye un vulgar aforismo:
—Sé de los tuyos sostén
y quiérellos mucho y bien.
Y que hagan todos lo mismo,
y el mundo será un Edén.

¡ATENCIÓN!

Un joven llegó hace poco a la ciudad, con el objeto de presentarse para una buena colocación bien retribuida. Estaba recomendado por amigos influyentes. Como las oficinas ya estaban cerradas, se decidió a dar un paseo por los arrabales y buscar casa, pues la colocación ya la tenía casi segura. El tranvía en el que consiguió un asiento, estaba muy ocupado por gente que volvía a sus casas desde las oficinas y de señoras que habían hecho sus compras en la ciudad. Precisamente delante del joven estaba una mujer que bien pudiera haber sido su abuela por su edad. Como era pequeña de estatura, no alcanzaba a las correas que pendían del techo y se sostenía de pie con mucho trabajo. Varias veces fué lanzada hacia él, lo que a éste le producía visible disgusto. Por fin se levantó un caballero de edad y ofreció su asiento a la señora.

A la mañana siguiente el joven se vistió y arregló cuidadosamente para presentarse al director del negocio. Al presentarse ante el Presidente de la Sociedad, éste, al oír su nombre, le recibió con amable sonrisa, pero de repente su rostro se volvió serio y severo. Dijo que, en efecto, estaba bien recomendado y que habría tenido buenas oportunidades, pero que la plaza no era conveniente para él. Tuvo, pues, que marcharse, como había venido.

Uno de sus amigos visitó al Presidente para saber el motivo del fracaso. Este entonces le refirió lo sucedido en el

tranvía. “Pero yo no comprendo que esta casa pueda exigir de sus empleados que ofrezcan su asiento a las mujeres, cuando el tranvía está completo.” “No les exige nada”, replicó el Presidente, “pero el que ocupe ese lugar debe tener condiciones especiales. Debe ser amable y comprensivo. Un joven de veinticinco años que permite que esté de pie una señora de setenta, o que deja que un hombre de mi edad se levante, y permanece sentado, no es el hombre para ese puesto”.

La mala letra

Ocurrió cierto día
 en una notaría,
 que un hombre distinguido y de cultura
 firmó en una escritura;
 y cuenta la experiencia,
 que perdieron sus hijos pingüe heren-
 [cia,
 pues puso el nombre en rasgos tan ex-
 [traños,
 que sabios eruditos en cien años
 descifrar no pudieron
 la firma que estampar allí quisieron.

Si se inventó lo escrito
 (y es un arte bendito)
 para que no se borren pensamientos,
 y se conserven fieles documentos
 de ciencias o de bienes de fortuna
 ¿a qué la algarabía inoportuna?

Escríbase con letra clara, hermosa,
 pues por más que la moda caprichosa
 opine de otro modo,
 se ha de buscar la perfección en todo.